

Rafael Gómez Pérez



A propósito de ser cristiano

A propósito de ser cristiano

Rafael Gómez Pérez

A propósito de ser cristiano



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación y otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

A propósito de ser cristiano
© Rafael Gómez Pérez, 2021
© BibliotecaOnline SL, 2021
Castillo de Fuensaldaña 4
28232 Las Rozas Madrid
(España)

Primera edición: Enero de 2021

ISBN: 978-84-17539-43-6
Diseño de cubierta: el autor
Ilustración de portada: *La incredulidad de Santo Tomás*, Caravaggio. Palacio de Sanssouci, Postdam, Alemania.
Composición: BibliotecaOnline SL
Impresión y encuadernación: PodiPrint
Impreso en España-*Printed in Spain*

Contenido

Introducción	7
1. Situación inicial: dos mentalidades.....	10
2. Situación inicial y continua: bien y mal	17
3. Situación inicial: el Evangelio.....	23
4. Situación inicial: el poder político	28
5. Desarrollo: poder político y cristianismo.....	34
6. En dos ciudades.....	42
7. El ámbito de la vida en cristiano.....	60
8. Cultivar lo interior	67
9. Lo personal y lo comunitario	73
10. Inteligencia, agudeza y fe.....	77
11. ¿Se hace la fe cultura?.....	88
12. Nada sin mi libertad	96
13. La experiencia del pecado	102
14. Sobre la descristianización.....	109
15. Solemnidad y sencillez	113
16. A vueltas con lo social.....	122
17. Que no decaiga la esperanza	128
18. Alegraos, regocijaos	133
19. La comprensión del dolor	138
20. Trabajo y fe	142
21. Cristianismo y modernidad	147
Epílogo.....	153

Introducción

En Occidente parece una opinión extendida que desde hace casi dos siglos, el cristianismo va a menos. Más que en otros lugares, eso habría ocurrido en Europa, con diferencias según los países. No tanto en América. Tampoco en algunos países de Asia y de África, donde se da el mayor crecimiento en nuevos cristianos.

Hay cristianos que piensan que, ante esa situación, habría que intentar una apología del cristianismo. Acomodada estos tiempos, pero del estilo de lo que se hizo en los primeros siglos: en el siglo II, el *Apologeticum*, de Tertuliano, la *Apología*, de Arístides, las de san Justino, además de la *Carta a Diogneto*. En el siglo III el delicioso diálogo *Octavius*, de Minucio Félix y el *Contra Celso*, de Orígenes. San Agustín en *La Ciudad de Dios*, en el siglo V. Pascal, en el XVII, en esos materiales para una apología que son los *Pensamientos*. Bossuet, en el mismo siglo, con su *Discours sur l'histoire universelle*. Chateaubriand en 1802, con *El genio del cristianismo*.

A partir de mediados del siglo XVII y en el XVIII hay una ofensiva anticristiana de deístas (como Voltaire) o de ateos (D'Alembert, Diderot, Holbach, La Mettrie...).

Casi reuniendo todo lo que se había escrito en descrédito del cristianismo, está la obra de Edward Gibbon, *Historia de la decadencia y caída del Imperio romano*, terminada en 1788. La tesis principal es que esa caída del antes potente imperio se debió a la (mala) influencia de la fe cristiana. Dar casi una sola causa para un fenómeno histórico dilatado en el tiempo es una temeraria simplificación. La tesis central de Gibbon hace mucho que está abandonada. Su mayor debilidad es el abuso de las afirmaciones generalistas.

Mi opinión es que no se precisa una apología “en general”, porque lo general es, casi por definición, dudoso e incierto. La historia humana, como la historia del cristianismo, no es una sucesión de “generalidades”. Resulta, más bien, una colección de “figuras” o “situaciones”, precipitados de un conjunto indeterminado de causas, condiciones y factores de muy diversa naturaleza cuya mutua influencia solo se sabe, y no bien, a posteriori.

Con esta posición contrasta la de “integridad”. Las cosas solo serían buenas si son íntegramente buenas, por completo, sin fisuras. Pero la experiencia personal y, si se suma, la de grupos más o menos grandes de gente –en el límite, de la Humanidad– confirma que la carencia, el defecto, el fallo, el

pecado, el deterioro son realidades siempre presentes con las que hay que convivir.

Me referiré con frecuencia al libro de Tom Holland, de 2018, *Dominion. The Making of the Western Mind*. En la edición en castellano lo subtitularon como "Una nueva historia del cristianismo". No es así. Lo que Holland trata de mostrar, con afilados argumentos, es que Occidente no puede prescindir, aunque quisiera, de su impronta cristiana.

Mi intención es otra, dando la tesis de Holland por supuesta. Es mostrar cómo la realidad cristiana, que sigue presente en el mundo, en unos sitios en baja, en otros en alza, depende, antes que nada de la fe viva y "práctica" que se dé en los casi 2.500 millones de cristianos. A pesar de la división de confesiones, tienen en común el bautismo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y pueden unirse en el *Padrenuestro*.

La realidad de los actos movidos por la fe es innumerable. Ya no es, como en otras épocas, algo clamorosamente manifiesto, colectivo, de "Cristiandad". Pero la raíz de la fe sigue en lo profundo de millones de conciencias y se demuestra en la caridad, conectado así cualquier tiempo con los primeros tiempos del cristianismo.

1. Situación inicial: dos mentalidades

Hay, entre otras, dos tipos de mentalidades o actitudes principales: la que pone fronteras, aristas rígidas, barrotes infranqueables y la que desconfía de cualquier cierre. Esta es fluida, abierta, se da cuenta de que en lo real no hay aristas sino flecos.

Aplicada a lo natural y a lo sobrenatural (la religión), la primera mentalidad suele acabar en el ateísmo. La segunda está abierta a lo que va más allá de lo natural, sin negarlo, porque ahí está. A eso se le puede llamar "sentido del misterio" o "apertura espiritual". En medio, casi en tierra de nadie, algunas formas de agnosticismo, algo así como el "no sabe, no contesta" de las encuestas.

Ejemplo de la primera posición fue el filósofo Bertrand Russell (1872-1970). En 1937 pronunció una conferencia, *Por qué no soy cristiano*, muy publicitada desde entonces, junto con otros escritos suyos del mismo tipo. Dicho sea de paso: sospecho que la invencible antipatía de Ludwig Wittgenstein hacia Russell (a pesar de que este prologó el famoso *Tractatus* del filósofo vienés) se debía a la cerrazón del británico hacia lo que no puede decirse, que es "lo místico".

Russell aún a empirismo con racionalismo. Solo así se puede llegar a formular juicios como este, con una pizca de esnobismo: “Mi opinión acerca de la religión es la de Lucrecio [autor romano del siglo I a.C., con su poema *De rerum natura*]. La considero como una enfermedad nacida del miedo, y como una fuente de indecible miseria para la raza humana. No puedo, sin embargo, negar que ha contribuido en parte a la civilización. Primitivamente ayudó a fijar el calendario, e hizo que los sacerdotes egipcios escribieran la crónica de los eclipses con tal cuidado que con el tiempo pudieron predecirlos. Estoy dispuesto a reconocer estos dos servicios, pero no conozco otros”. Russell no es capaz de citar ni una sola frase del Evangelio en la que el miedo sea el fundamento de la fe, cuando hay tantas en la que se dice explícitamente que “Dios es amor”. Y, como era de esperar, no alude en ningún caso el mandamiento definitivo de “amaos los unos a los otros”.

A Russell le agradaban las afirmaciones generales, sin tener en cuenta que corren el peligro de ser abusivas. Por ejemplo: “Yo no creo que haya un solo santo en todo el calendario cuya santidad se deba a obras de utilidad pública”. Cito, como contraste, unas palabras de Tom Holland en su obra *Dominio*: “No desprecies a esta gente en su privación, no creas que no merecen respeto –afirmó

Gregorio—. Reflexiona sobre quiénes son y comprenderás su dignidad; han tomado sobre ellos la persona de nuestro Salvador, pues él, el compasivo, les ha dado su propia persona. Gregorio, más claramente que nadie antes que él, estableció cuáles eran las implicaciones de la decisión que había tomado Cristo de vivir y morir como pobre y las llevó a su conclusión lógica. La dignidad, una cualidad que ningún filósofo consideraba propia de las apestosas masas trabajadoras, era algo común a todos. No había ninguna persona tan desdichada, tan despreciada ni vulnerable que no fuera testimonio de la imagen de Dios. El amor divino por los parias y los marginados exigía que los mortales también los amaran. Esta era la convicción que, en el 369, en las afueras de una Cesarea asolada por el hambre, impulsó a Basilio a embarcarse en la construcción de un nuevo edificio. Otros líderes cristianos antes que él habían construido *ptocheia*, o ‘casas para pobres’, pero nadie a una escala tan ambiciosa. La *Basileias*, como se la conoció, fue descrita por un asombrado admirador como una auténtica ciudad, y contó, además de con un refugio para los pobres, con lo que fue, a todos los efectos, el primer hospital del que se tiene constancia”.

Se refiere a san Gregorio de Nisa y a su hermano, san Basilio. Es solo un ejemplo. Los

primeros lazaretos, los primeros asilos, los primeros orfanatos fueron también iniciativas de cristianos. Es algo que se ha dado sin solución de continuidad hasta el día de hoy, en el trabajo de Cáritas y de otras muchas instituciones, organizaciones y asociaciones cristianas, católicas, ortodoxas, protestantes y de otras confesiones religiosas.

Otra afirmación terminante de Russell: "Esa es la idea, que todos seríamos malos si no tuviéramos la religión cristiana. A mí me parece que la gente que la tiene es, en su mayoría, extremadamente mala. Existe este hecho curioso: cuanto más intensa ha sido la religión de cualquier periodo, y más profunda la creencia dogmática, han sido mayor la crueldad y peores las circunstancias. En las llamadas edades de la fe, cuando los hombres realmente creían en la religión cristiana en toda su integridad hubo la Inquisición con sus torturas; hubo muchas desdichadas mujeres quemadas por brujas; y toda clase de crueldades practicadas en toda clase de gente en nombre de la religión".

No se puede negar que en nombre de diversas religiones, y hasta hoy mismo, se justifican crueldades y masacres sobre inocentes. En el caso cristiano eso significa ir en contra del Evangelio, de la enseñanza de Cristo de amar incluso al enemigo. Si se

lo ama, si en lugar de responder "se pone la otra mejilla", se suprime en la raíz la posible crueldad. Si eso en ocasiones históricas no se dio y convivía con el real ejercicio de la caridad, como se acaba de ver, no es cuestión de la religión, sino de la inclinación del ser humano hacia el mal, a la vez que hacia el bien, de lo que resulta un mosaico variopinto por el ejercicio, en un sentido o en otro, de la libertad.

Russell, que vivió tanto, pudo ver los millones de víctimas del nazismo, del estalinismo, del maoísmo, superiores en número y en "calidad perversa" a todo lo que había ocurrido antes. Ahí no podía decirse que era en nombre de la religión, sino de un cierto paganismo (en el nazismo) y del ateísmo, en el caso del comunismo soviético o maoísta.

Sin matiz alguno, la citada conferencia contiene afirmaciones de este tipo: "La esencia del concepto de virtud reside, por lo tanto, en proporcionar una salida al sadismo, disfrazando de justicia la crueldad". ¿Cómo un cráneo tan privilegiado como fue el de Russell pudo escribir esto? "Cristo nos dice que nos hagamos como niños, pero los niños no pueden entender el cálculo diferencial, los principios monetarios, o los métodos modernos de combatir la enfermedad".

Quizá para no mal entender de ese modo el “hacerse como niños” (en la inocencia, en la capacidad de asombro, en la ternura) hay que tener una mayor dosis de buen corazón.

La mentalidad rígida, cortante, racionalista tiene un remedio. Darse cuenta, como lo hizo Pascal, de que “el corazón tienen sus razones que la razón no conoce”. O esa lógica de lo sobrenatural tan patente en Chesterton. Dice en *Enormes minucias*: “Todos hemos encontrado alguna vez a un semejante que debía haberle ocurrido extrañas cosas, pero que en realidad nunca creyó que fuesen sobrenaturales. Mi actitud es exactamente la opuesta: creo en lo sobrenatural como materia propia del intelecto y de la razón, no como asunto que atañe a la experiencia personal”.

Pascal también escribe: “Dos excesos: excluir la razón y no admitir más que la razón”. La razón no puede excluirse porque está en la naturaleza humana, con una función de juicio y a la vez de equilibrio. Pero cuando se excluye cualquier otra dimensión que no sea la racional se está privando al ser humano, entre otras cosas, de la pulsión de su corazón. Es él el que se conmueve. La razón nada sabe de eso.

Lo que llama la atención en Russell y en otros anticristianos hasta hoy mismo es ese afán por atacar, por denigrar. Es llamativo cómo un aprecio tan exagerado por la razón puede llevar a actitudes tan poco razonables. Pero quizá no es la razón lo que lleva a eso, sino el prejuicio, que se da antes de razonar y está movido no por la inteligencia sino por la (mala) voluntad.

2. Situación inicial y continua: bien y mal

La presencia del mal en el mundo es una comprobación incluso trivial. Basta leer algunas de las noticias de casi cada día. Si no se quiere aceptar que hay “gente mala”, completa e intrínsecamente, puede decirse que a veces hay gente que realiza acciones malas, dañando a los demás, incluso matándolos. Es lo que se nos contó desde hace tiempo, desde el principio, en el asesinato de Abel por Caín. Incluso antes, en ese mal que fue la desobediencia de Adán y Eva hacia quien los creó. Con el tiempo se le llamó *pecado original*.

Se ha sostenido a veces que el pecado original es un invento cristiano.

No el pecado de Adán y Eva, que está relatado en el Génesis. Sino que ese pecado se transmitiera a su descendencia. Como se sabe, para Lutero, Calvino y otras denominaciones protestantes (no todas) el pecado original corrompió la naturaleza humana de tal forma que todos somos depravados y solo nos salva la gracia. El Concilio de Trento, clausurado en 1563, en respuesta a estas posiciones, enseñó que por el bautismo se borra el pecado original, pero es verdad “manere

autem in baptizatis concupiscentiam vel fomitem”, que permanece en los bautizados la concupiscencia, algo que fomenta o inclina al mal.

Chesterton, en *Ortodoxia*, escribe: “Porque oí otra vez la voz del cristianismo: ‘Yo siempre lo he dicho; los hombres son naturalmente tergiversadores; la virtud humana tiende, de suyo, a enmohecerse y pudrirse. Yo siempre lo he dicho: los seres humanos, en su mera calidad de tales, caminan hacia el fracaso; y especialmente los dichosos, los orgullosos y los prósperos. Esta revolución eterna, esta desconfianza sostenida a través de los siglos que tú, con tu lenguaje moderno, llamas la doctrina del progreso, se llama filosóficamente como yo la llamo: doctrina del pecado original. Ya puedes llamarla el adelanto cósmico, si te place. En cuanto a mí, le doy su verdadero nombre: la Caída”.

Y en una carta: “No hay minoría sabia, pues la locura del pecado original hace estragos en todos los hombres. Tome usted a los hombres más fuertes, más felices, más guapos, de mejor cuna, mejor alimentados y mejor instruidos de toda la tierra y deles poderes especiales durante media hora, y empezarán a comportarse de mala manera, porque son hombres”.

La narrativa de más difusión en el siglo XX, llevada además al cine, *El Señor de los Anillos*, está basada, en medio de símbolos y aventuras fantásticas, en la misma realidad. Como escribe Holland: "Tolkien creía que todas las historias estaban relacionadas, en último término, con la caída. Del mismo modo que lo había hecho Agustín, interpretaba toda la historia como una crónica de la iniquidad humana". Yo añadiría: y de la bondad. Al final, Sauron es vencido.

El pensamiento o la intuición de que "algo se hizo mal al principio" está atestiguado en muchas culturas. Sin conocimiento alguno de lo bíblico, creyeron en relatos en los que alguien hacía algo mal y sobrevénía el desastre. El dios envía a los hombres dos animales: uno es portador de la felicidad y otro de la infelicidad. El primero se entretiene y llega cuando hace tiempo que ya está allí el segundo.

En el mismo sentido, en la cultura griega, el mito de la caja o el ánfora de Pandora. O Heidegger escribiendo que "algo fue mal desde el principio".

Con eso de fondo, de la naturaleza concreta de cada persona, del entorno en que vive y de su experiencia depende que se sea, en ocasiones, optimista o pesimista, una

alternativa ambigua, expresada en la tónica botella medio vacía o medio llena. En las citas anteriores de Chesterton se le ve pesimista, aunque en realidad no lo era. Un filósofo como Schopenhauer teorizó el pesimismo hasta la extenuación, acabando en que todo era nada.

Si se va al Evangelio, se ve cómo Cristo señala acciones malas o perversas: “¡Ay de ustedes, maestros de la ley y fariseos, hipócritas!, que sois como sepulcros blanqueados, bien arreglados por fuera, pero llenos por dentro de huesos de muertos y de toda clase de impureza. Así son ustedes: por fuera aparentan ser gente honrada, pero por dentro están llenos de hipocresía y de maldad” (Mateo 23, 27). Pero, con más frecuencia, se fija en acciones buenas, también de gente a la que se consideraba “mala”: el buen samaritano, la mujer adúltera, la pecadora que unge sus pies, la samaritana que le da de beber, el buen ladrón...

Esa convivencia del bien con el mal llevó a algunos a pensar que hay dos principios eternos, algo así como dos “dioses” contrapuestos, con los símbolos de la luz y las tinieblas. Eso es el maniqueísmo en sus diferentes versiones.

Lo que hay en realidad son personas concretas que, en sus acciones, a veces se deciden por el mal –porque la libertad nunca se pierde– y a veces por el bien. No se entiende cómo a algo tan palmario, que casi cada ser humano puede experimentar en su propia vida, no se le dé más relieve teórico. Y tanto dentro de lo bueno como de lo malo hay matices.

Puede preguntarse, ya que abunda de lo uno y de lo otro, qué sobreabunda. No es un optimismo ingenuo pensar que, en la práctica, hay sobreabundancia de acciones buenas, que, precisamente, por serlo, no se autopregonan. Basta una comprobación: si el mal, con su entropía (desorden) fuera lo predominante, todo se habría venido abajo desde hace tiempo. Son las acciones buenas y cotidianas de miles de millones de personas lo que sostiene en cada momento el mundo. Un ejemplo puede aclarar esto: salvo excepciones, ¿cómo ha salido y salen adelante, desde que el mundo es mundo, millones de niños y niñas? Por las continuas, menudas o grandes atenciones de los padres y madres.

La humanidad era así desde hacía muchos siglos cuando Cristo nace en Belén. Se presenta como un niño, cuidado por su padre y su madre. Transcurre treinta años en

los que se dedica a las acciones cotidianas de un artesano en un pequeño pueblo. Cuando empieza a darse a conocer y a anunciar el reino de los cielos es un nuevo comienzo.

¿Quieres seguir leyendo?



Acabas de leer la introducción y los dos primeros capítulos de *A propósito de ser cristiano*, de Rafael Gómez Pérez. El libro completo, en 21 capítulos más un epílogo, no ofrece una apología general del cristianismo: muestra que la realidad cristiana depende de la fe viva y práctica de millones de personas.

Comprar el libro completo ›

bibliotecaonline.es/a-proposito-de-ser-cristiano

QUÉ ENCONTRARÁS EN EL LIBRO

- **La situación inicial.** Dos mentalidades, el bien y el mal, el Evangelio y el poder político.
- **Cristianismo y poder.** El desarrollo de la relación entre poder político y cristianismo, y la vida «en dos ciudades».
- **La vida en cristiano.** Lo interior, lo personal y lo comunitario, inteligencia y fe, fe y cultura, la libertad y la experiencia del pecado.
- **Los desafíos de hoy.** La descristianización, lo social, la esperanza, la alegría, el dolor, el trabajo y la modernidad.

Con un diálogo constante con autores como Pascal, Chesterton y Tom Holland.

Digital Reasons

bibliotecaonline.es

pedidos@bibliotecaonline.es

ISBN (papel): 978-84-17539-43-6



Escanea para comprar